

La diplomacia internacional se estremece, la idea de periodismo cambia

Wikileaks, un puntapié a Goliat

Luis Carlos Díaz*



Estados Unidos no consiguió armas de destrucción masiva en Irak, ni a Osama Bin Laden en Afganistán. Sin embargo esas dos incursiones dejaron algo más que una gran cantidad de civiles muertos, bajas en el ejército invasor y gobiernos depuestos: dejaron un registro

A lgo se ha interpuesto entre el olvido y la impunidad, entre los gobiernos que que actúan al margen de los derechos humanos y la ciudadanía a la que deben mayor transparencia. Ocurrió casi lo mismo que hace cuarenta años, cuando Daniel Ellsberg sacó siete mil documentos del Pentágono sobre la guerra de Vietnam para publicarlos en el *New York Times*. Esta vez fue en un *pen drive* o en un CD, se distribuyen por la web y son cientos de miles de archivos. 2010 fue el año de las filtraciones de Wikileaks y su alteración del orden público global.

LA FILTRACIÓN Y LOS HACKERS

Wikileaks es una organización cuyo trabajo reside en la web, por lo que no tiene territorialidad y su campo de acción no ha hecho más que crecer desde 2007. Se trata de una plataforma que permite enviar, de forma anónima, información sensible que ha sido filtrada de instituciones de poderes políticos, económicos, militares y mediáticos. La organización se encarga de procesar la información, confirmar su validez y publicarla en la página web. Esa actividad la venían realizando de manera sistemática y sin mucho sobresalto durante tres años, hasta que en 2010 recibieron filtraciones con material mucho más importante y que afectaba directamente a Estados Unidos.

Hasta esa fecha, en el portal Wikileaks se podían encontrar decenas de documentos filtrados de gobiernos y empresas transnacionales que quedaban a disposición pública. Las filtraciones no las hacían los miembros de Wikileaks, un colectivo conformado por periodistas, activistas de derechos humanos, abogados, programadores informáticos y *hackers*, sino personas voluntarias que desde cualquier parte del mundo están cercanas a informaciones confidenciales y desean denunciarlas sin verse afectadas. Ha habido mucho ruido en ese sentido, confundiendo la labor *hacker* del director de la organización, el australiano Julian Assange, con la fuga de documentos.

Habría que cambiar los focos y decir que justamente la experticia informática que tiene la organización es la que le permite permanecer *blindada* a pesar de los ataques que ha recibido de gobiernos como el de Estados Unidos, China, Rusia y entidades bancarias. Asimismo, es la cultura *hacker* la que ha logrado permear en algunos valores de la democracia para reforzarlos. No se trata de ver a los *hackers* como temibles personas que violan sistemas de seguridad para su propio beneficio económico, a esos se les llama *crackers* (*hackers* criminales), sino de personas apasionadas por el desarrollo del conocimiento, la innovación, y la libertad de acceso a esas fuentes. Por eso el empeño por la transparencia y la colaboración son equiparables entre generar el código de un *software* o de exigirle transparencia a los políticos.

Estos fenómenos paralelos entre sociedades que requieren de poderes menos opacos y que comulgan con el desarrollo de sistemas que cada vez sean más eficientes, se dan la mano desde el principio. Por esa razón no es extraño que en una conferencia en 1984 el escritor Stewart Brand adelantara que:

Por un lado, la información quiere ser cara, porque es muy valiosa. La información adecuada en el lugar acertado simplemente cambia tu vida. Por el otro lado, la información quiere ser libre, porque el coste de sacarla a la luz está siempre poniéndose más y más bajo. De modo que tenemos esos dos lados luchando uno contra otro.

También fueron muy entusiastas las posturas de intelectuales como Pekka Himanen y Manuel Castells, cuyas plumas desplegaron hace diez años *La ética hacker y el espíritu de la era de la información* e incluyeron en esa ética el libre acceso a la información, la curiosidad y una gran militancia anti-corrupción.

No es extraño que una vez acrisolado un movimiento como Wikileaks, Castells iniciara un texto exclamando: “tenía que pasar”. Alguien iba a aprovechar los beneficios de la red para burlar al poder levantándole la alfombra y mostrando lo que estaba oculto. Probablemente en ese espíritu se inscriba la acción de Assange y su equipo, si no se les filtra un documento que demuestre lo contrario.

DEL PODER Y SUS MÁCULAS

Lo que vimos en 2010 con WikiLeaks marcó el inicio de una nueva forma de entender el poder de la comunicación dentro de las ecuaciones del poder y la gobernabilidad de sociedades en la era contemporánea. El 5 de abril se reveló un video llamado *Collateral Murder*, tomado desde un helicóptero Apache que el 12 de julio de 2007 abrió fuego contra un grupo de civiles en Bag-

dag. En el ataque murieron nueve personas, un periodista de la agencia *Reuters* llamado Namir Noor-Elden y su ayudante. La incómoda información sobre la baja de un periodista fue ocultada hasta que Wikileaks la consiguió y la liberó, para mancha del ejército norteamericano.

Lo mismo ocurrió el 25 de julio y el 22 de octubre de 2010, pero la potencia de un video fue superada por el poder de 500 mil documentos militares y de inteligencia sobre las invasiones a Irak (desde 2003 hasta hoy) y Afganistan (desde 2001 hasta la actualidad).

De Afganistan fueron liberados 92 mil documentos que muestran ataques no informados en otros medios por el ejército estadounidense ni sus aliados, reportan con detalle las bajas propias y ajenas (más de 20 mil), dan coordenadas de los bombardeos y se desmiente la supuesta reducción de los grupos talibanes. Aún quedan 15 mil documentos sin revelar porque contienen datos sensibles que pudiesen afectar a los que colaboraron como informantes.

Sobre Irak el volumen de papeles fue mayor: 390 mil documentos filtrados directamente del Pentágono que develan la aplicación de torturas a detenidos y más de 100 mil muertes (64% de ellas, civiles) en seis años. Esa revelación fue considerada hasta ese momento la mayor filtración de documentos de la historia, pero fue rápidamente superada.

Cuando la revelación fue recogida por la prensa global, los ataques de Estados Unidos contra la web aumentaron, y eso produjo una nueva revelación: 250 mil cables y comunicaciones diplomáticas del Departamento de Estado con sus embajadas en casi todo el mundo. Wikileaks tuvo que modificar el diseño de su web para responder al caudal de visitas. Aunque el *Cablegate* no contenga información tan importante como los abusos militares y más bien parezca un cotilleo entre políticos, sí da un golpe simbólico a la privacidad de las comunicaciones y los grados de injerencia del aparato diplomático estadounidense.

Esa es la explicación a las persecuciones judiciales contra Julian Assange, el bloqueo de servidores contra Wikileaks y el cierre de cuentas bancarias que afectan el trabajo de la organización. David le corretea a los ejércitos de Goliat, pero lo que no se espera el más grande es que la cultura de las filtraciones apenas comienza.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.